

útil, se enteran de que aquel «renglón» va tomando proporciones aterradoras. Sube el petróleo; suben el carbón y la leña; sube la legumbre; suben los garbanzos, el aceite, el tocino y la carne; sube la leche; suben el chocolate y el café; suben los géneros, los aranceles y las contribuciones como la espuma, sin que nadie chille, sin que se crea amenazado el orden social. Lo único que no puede subir es el trigo, y el pan por consiguiente. ¿Qué dirán de esto Gamazo y sus electores y acérrimos partidarios, aquellos que le votarían a él antes que a D. Juan de Padilla que recusitase? — según me declaró un vecino de Villalar, por cierto en la misma casa donde Padilla pasó la última noche, víspera de su degollación.

Si Gamazo y sus electores y mi amigo el director del *Norte de Castilla* dijese que esto es una injusticia manifiesta y una anomalía extraña, razón tendrían, vive Dios. No se concibe que subiendo todos los productos, se mantenga estacionario uno solo. Se objetará que el pan es el recurso del pobre. No; el pobre también necesita el resto: vestido, calzado, calefacción, bebida, luz y casa. El pobre mismo ha encaecido también; hablo del pobre que trabaja, del que gana su salario. Los jornales han aumentado sensiblemente en todas partes, y sobre todo en los grandes centros el obrero se cotiza quizás a doble precio que hace un cuarto de siglo. Estos son hechos, y la economía política, que decían antaño, los problemas económicos, que dicen ahora, con hechos se resuelven. De todas maneras, sin que intentemos resolver cuestión tan pavorosa, ¿no podría inventarse una máquina de amasar el pan que nos redima de los actuales procedimientos pedestres y hediondos?

* * *

¿Será cierto que la incredulidad, el escepticismo y el materialismo ganan terreno cada día? ¿Será verdad que no se espera en el más allá ni en la vida futura? Estoy por decir que, al menos en apariencia, nunca se habrá creído en ella más firmemente. Tomemos por norma el respeto y veneración a los muertos. El culto de los manes se ha dicho siempre que revelaba la convicción profunda de la inmortalidad del alma. Si pensásemos que detrás de la losa no hay más que un puñado de ceniza, y que esa ceniza es cuanto nos queda de los seres queridos, no se explicarían las asiduidades y los cuidados que vemos consagrar a las tumbas. Del cementerio antiguo, triste, abandonado, invadido por las hierbas y las ortigas, donde los muertos se quedaban tan solos, al cementerio actual, esmeradamente cultivado como un jardín, espléndidamente iluminado en estos días, embalsamado por las flores, atestado de coronas y exvotos, va sorprendente diferencia. Se multiplican los mausoleos lujosos y las capillitas recordatorias; los escultores tienen un porvenir abierto por la muerte; el mármol blanco invade nuestras necrópolis, poblándolas de bustos de azúcar de pilón y obeliscos de confitería; pero sobre todo los floristas, industria nueva, se aprovechan de esta creciente devoción a los manes.

Días hay en Madrid en que no encontraríais a las tres de la tarde, ni aun pagándola a peso de oro, una violeta, una lila, una camelia blanca, un crisantemo (*crisantemo* se dice en castellano, y no *crisantema*, aunque el Diccionario de la Academia, con su acostumbrada y encantadora concisión de sordo mudo, no lo traiga de un modo ni de otro). No encontraréis, repito, ninguna flor de las que con más o menos propiedad se aplican a las coronas que a los muertos se ofrecen. En cambio, algún carro fúnebre desaparecerá bajo la carga de tanta corona inmensa, cuyas cintas llevan grabado en oro el nombre del donante. Esta novedad de las coronas es francesa, y ha venido a sustituir casi por completo a la costumbre rancia y española de las misas y los sufragios por el alma; y al reconocerlo, me dan impulsos de desdecirme y de afirmar que, en vez de probar tantas flores y tantas luces una creencia espiritualista, lo que prueban es que a falta de la fe, la vanidad, la ostentación y la rutina saben hacer prodigios.

Las coronas son muy bonitas, ¿quién lo duda? Producen un efecto grato a la vista y al olfato, cubriendo y disimulando la lividez del cadáver, engalanando el ataúd, revistiendo de los esplendores de un mes de mayo la negrura de las últimas horas. Pero las coronas cuestan un sentido, miles de duros, de que se aprovechan las tiendas de flores naturales y artificiales y las de cintas de raso y gro; y si somos cristianos, si somos católicos, si esperamos en la gracia de Dios y en el colectivismo admirable de los sufragios, haríamos bien en reservar un poco de lo que se gasta en *rositas* para ofrecer el Santo Sacrificio por las almas de los muertos, y en elevar a Dios el aroma de las preces y el solemne eco de los salmos del Oficio de difuntos.

La muerte es cosa muy seria, muy trágica — a pesar de que el hábito diario nos ha familiarizado con ese terrible tercer acto del drama de la vida. — Sólo la Iglesia ha sabido revestir de dignidad y de respeto los últimos instantes, el duelo, la aflicción y el sepulcro. En esto sí que no caben innovaciones, como las que solicito y deseo para elaborar el pan. Lo tradicional me parece insustituible, y aunque no pareciese por razones más altas, me lo parecería por conveniencia y decoro. Todas las coronas del mundo no son nada al lado de una misa; y si se trata de lujo, en vez de coronas me agrada sobre las sepulturas el gran paño heráldico, ricamente bordado, que cubrió los restos del padre y cubrirá los de los hijos, simbolizando la familia y la religión a la vez.

En grave apuro se vería el que investigase el origen de las ideas que se refieren a la muerte, al contrario de las ideas que se refieren a la vida, a las razas, la raza aria, por ejemplo. Nosotros creemos que la tierra es sagrada cuando la bendice el sacerdote, y porque la creemos sagrada depositamos en ella algo sacratísimo, los restos de nuestros muertos, lo que nos queda de lo que más se amó; y los parsis, por el contrario, al creer que la tierra es sagrada, tendrían por un sacrilegio enterrar en ella a los muertos, pues juzgan que sería impurificar y manchar el seno de la tierra. De ahí esos enterramientos tan extraños, esas torres fúnebres llamadas con expresiva frase del *lencio*, en las cuales los cadáveres, descubiertos, se desecan al sol, por el procedimiento de los hijos parsi, hasta que se disuelven del todo, y quedan los huesos blancos, mondos y limpios, que van haciéndose en un rimero en el fondo de la torre. Coincide en esto con los maories, gente muy religiosa a su modo, que cuelga los muertos de los árboles, en una especie de hamaca, a estilo de nido de pájaro. Pero sin género de duda, el modo más extraño de sepulturar a los muertos es el que gastan otras tribus más salvajes aún que los maories, y más supersticiosas aún que los *animistas* en sus creencias. Anticipándose a Brown-Sequard, suponen que el que come del cuerpo de un valiente se hace valiente como él, y el que come de un sabio se asimila la sabiduría; así es que el sumo honor fúnebre entre esas tribus es ser devorado, a! son de músicas discordantes. Si es cierto que el cuerpo del hombre es templo y alcázar a la vez, ¿qué mejor panteón que un templo y un alcázar? Pero eso, no ha muchos días tuve ocasión de leer un interesante articulito, donde se demostraba que la antropofagia no se ha de considerar, como han creído hasta hoy los ignorantes, un acto de salvaje y bárbara crueldad, sino una ceremonia religiosa, que demuestra en alto grado la fe y la piedad de los que la ejecutan y su espiritualidad delicada y exquisita.

¡Oh, mis colegas los escritores!

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Sin imitar a aquella señorita desconocedora de las realidades, que indicaba para los pobres faltos de pan el remedio de que comiesen pastelillos y bizcochos, a mí me sucede que al oír hablar del «conflicto del pan» me cuesta trabajo comprender su importancia, porque el pan apenas lo pruebo. Aparte de que es alimento considerado muy malsano a poco que se adultere, y excesivamente fácil de adulterar mezclando a la harina cal y greda (medio casi infalible de producir dispepsias, anemias y tuberculosis), el pan, francamente, se elabora de tal modo, que es necesario tener un estómago de hierro para no estremecerse al pensar lo que comemos cuando llevamos a la boca un mendrugo. ¡Dios piadoso, y cómo se elabora el pan!

¿Lo sabéis, lo sospecháis acaso, pulcras lectoras, las que os enjuagáis la boca seis veces al día, las que os pulís las uñas al salir de un baño perfumado, las que pondríais el grito en el quinto cielo si divisaseis una manchita, una sombra, en el terso mantel, ó en el reluciente cuchillo una empañadura insignificante? ¿Lo sabéis, lo sospecháis, lectores exigentes, que si encontraseis en la sopa un pelo de la cocinera desentaría de vuestro hogar y os iríais a comer de fonda? ¿Con qué creéis que se amasa el dorado bollito, tan apetitoso y coquetón, oculto entre la nivea servilleta? ¿Creéis que lo sazona la sal, que lo ha ligado el agua? Sudor humano es lo que traba la miga é impregna la corteza; sudor arrancado por la fatiga a cuerpos desaseados de operarios, que hunden los pies en la masa, y la patean y la soban hasta que está en punto de ir al horno.

A la verdad, estremece pensar que un artículo «de primera necesidad» sufre tales peripecias. Que los que temen el borrico en zorza se abstengan de chorizo y salchichón; que los que no gustan de la fécula de patata renuncien al queso de Gruyère, santo y bueno. Pero que si hemos de comer pan tengamos que ingerir lo más repugnante, lo que nos haría desmayarnos de asco, me parece una de las señales clarísimas del atraso de nuestra civilización, de su impotencia para hacer menos desagradable la vida. No vayáis nunca a una tahona los que seáis *paniegos*, como dicen en Castilla, ó *panegiricos*, como cuentan que decía un trastrocador de *voguibles* famoso en mi pueblo. No vayáis a una tahona, porque después no podríais ni ver el pan; a menos que sea una de esas honradas tahonas de mi tierra, donde se hace el pan *completo*, y donde las mujeres, remangadas, luciendo los blancos brazos rollizos, amasan con la mano — el instrumento de trabajo de las razas superiores, — mientras las inferiores, las amarillas, se sirven de los pies, como los jímios, ¡hasta para edificar!

Por otro lado, el «conflicto del pan» implica una de las muchas contradicciones económicas de que nuestra organización adolece. Hay artículos, y bien indispensables para la vida (no sólo de pan vive el hombre, dice la Escritura), que suben y suben y llegan a las nubes, sin que ni el Gobierno, ni la opinión, ni los diarios, ni los sociólogos, se enteren de cómo se remontan y llegan a la región de lo inaccesible. Sólo las amas de casa, clase modestísima y